

contrar en los mostradores de los abaceros, en las barras de los bares periféricos. Y, al mismo tiempo, terminó con la idea del poeta como sacerdote o brujo, intercesor entre la Divinidad y los hombres. Arrojó de sus hombros la capa pluvial del sacerdote, y también supo desembarazarse de sus falsas plumas de chamán. No fue, como los surrealistas, domador de demonios, ni tampoco domador de berzas, populista sin gracia al estilo épico-social, aunque su forma de escribir fuese popular y su sentido de la vida y de la justicia estuviese siempre del lado del pueblo.

Hablo en pasado del poeta que fue Parra, aunque no se haya muerto. Ni tampoco ha dejado de escribir. Pero ha cambiado, ha cambiado de una forma sutil, como nos demuestran sus dos últimos libros publicados —en Chile, por cierto, lo que ya es un dato—. "Sermones y prédicas del Cristo de Elqui" y "Nuevos sermones y prédicas del Cristo de Elqui" (1). Nada ha cambiado en la forma que Parra da a su poesía: sigue, fresco y vivo, el estilo coloquial y no-retórico; un estilo vivo y gracioso, que rompía con lo que de losa estilística tenía la obra de Neruda para los escritores chilenos, losa y dogma del que resultaba difícil escapar. En esta su nueva faceta de poeta del nuevo y siniestro Chile, Parra se refugia en un personaje que inventa/recuerda: Domingo Zárate, el Cristo de Elqui. Y con su mesiánico disfraz, se pone también las barbas apollilladas de un anarquista de derechas —horrendo monstruo inventado por la canalla en el poder para designar a aquellos que le hacen el juego, pero que conservan costumbres, vestimentas y decires de extravagantes ciudadanos—, y enarbola una bondad, un buen sentido y una ternura que nos hacen pensar en un Gabriel Celaya que se hubiera pasado a UCD. Nicanor Parra se adapta a la difícil circunstancia de su país de una manera camaleónica, y no asume la tragedia de sus contradicciones en su trabajo, sino que la niega: es un poeta, vuelve a tomar la llama de lo sagrado, y a defender —con sutileza, es cierto, y buen decir—

(1) Ediciones Ganimedes. Valparaíso, Chile.

el orden establecido —el único orden posible es el establecido, sea éste de donde sea, y responde a las características políticas que sean— y el horror vigente. Muere, pues, el antipoeta; muere el cantor popular, algo nihilista y duro en su decir; queda un fantasma, una sombra de una escritura antiguamente viva, hoy reducida a forma envenenada y fría. ■ EDUARDO HARO IBARS.

La realidad, amenazada

Adolfo Bioy Casares no sólo es el compañero de Borges en el pseudónimo común de "H. Bustos Domecq". Es algo más. Es un



extraordinario fabulador empeñado en un universo literario poblado de preocupaciones filosóficas y regido por un tiempo que difiere del de nuestra vida cotidiana. Es el creador de personajes cuyas coordenadas son la soledad y la incomunicación. Es —sobre todo— el hacedor de mundos imaginarios dominados por lo lúdico, donde se nos muestra que la realidad puede hacerse turbadora, difícilmente explicable, fantástica o absurda. Bioy Casares, continuamente, nos enseña la irrealidad del mundo y, en ello, la nuestra propia. Repitiendo algo que sobre este escritor argentino dijo Octavio Paz, Bioy Casares corre tras de som-

bras, pero nosotros también somos sombras.

El héroe de las mujeres (1) es su última entrega literaria. Reúne ocho relatos aparecidos desde 1967 hasta la fecha. En ellos se da esa condición de lo fantástico que caracteriza su obra. Cualquier situación es válida para que Bioy Casares nos proponga ese acceso a la "otra realidad" que se esconde, se disfraza y nos acecha en los intersticios de nuestra vida diaria. Y ese salto fantástico —consustancial con sus historias— surge casi inopinadamente al tiempo que la narración —como tal— va cobrando forma, va delimitando sus elementos constructores. Las anécdotas sobre las que Bioy Casares desarrolla sus relatos son simples, de un desarrollo casi transparente y, sin embargo, de todos ellos emana una sensación desconcertante, estremecedora, que preocupa. Quiero decir con ello que la dimensión fantástica que define la escritura de Bioy Casares no está emparentada con algo ajeno a lo posible. Se trata, en definitiva, de una nueva visión de la realidad que se inserta en nuestro mundo para ofrecernoslo transformado, desde una otra óptica plena de sugerencias e implicaciones antes no percibidas. Es el descubrimiento de que la realidad aceptada comúnmente no resulta ser siempre la verdadera versión de la realidad. Y en este descubrimiento se pone en entredicho la condición humana. Se asiste a la inestabilidad y desmoronamiento de sus seguridades.

Quizá por eso todos los protagonistas de los relatos de El héroe de las mujeres viven bajo el signo de la amenaza. Una amenaza que surge a veces por razones evidentes, otras de forma inexplicable, pero capaz de trastornar sus comportamientos o incluso hacer peligrar la vida propia. Esa amenaza —y aquí habría que recordar lo que ya se ha dicho de que lo fantástico en Bioy Casares proviene del mundo físico o matemático, no de lo terrorífico o fantasmagórico— no es más que una traslación. La traslación al terreno literario —sin concretarlos ni definirlos— de esos peligros que, en el orden de la existencia y desde diversos

(1) El héroe de las mujeres. Adolfo Bioy Casares. Ediciones Alfaguara. Madrid, 1979.

frentes, asedian al hombre actual.

Sin embargo, y sin merma de ese dominio de lo fantástico, en esta ocasión Bioy Casares parece prestar mayor atención a lo verosímil. De ahí su preocupación por enmarcar el espacio de sus personajes, sus descripciones detalladas de los ambientes, de los medios rurales y provincianos. "Nos decimos —escribe en uno de los cuentos del libro—, para volcarnos con impaciencia en una región, en un pago, en un entrañable partido del Sur de Buenos Aires". Será ahí, en ese escenario constatable —tan argentino—, donde algo vendrá a perturbar a los personajes para adentrarlos por el camino de lo insospechado, de lo misterioso y trastocador.

Dos cosas más cerca de este libro. Una es la elevación hasta lo literario del habla convencional. Bioy Casares ha sabido presentar, con categoría de novedad, frases hechas y tópicos manidos, y ello ha incidido en hacer más verosímil ese escenario, esas situaciones nada extraordinarias por las que, al cabo, inesperadamente se cuele lo insólito. Por otra parte, abundan las frases más bien diferenciadoras que ambiguas: "Ustedes son mejores, cuando no son peores", "usted sigue pisando donde piso", "el héroe de las mujeres no siempre es el héroe de las mujeres"... O, lo que es lo mismo: la realidad no es lo que parece. Y, finalmente, hay que destacar también el hábil manejo de la ironía. Una ironía sutil, que establece guiños de complicidad y desde la que Bioy Casares, pese al "happy end" con que concluye muchos de sus relatos, se ríe de nuestra seguridad tan resquebrajable, de nuestra falsa realidad, amenazada sin sosiego por lo absurdo. ■ SABAS MARTIN.

COMICS

Slot-Barr, contra el imperialismo interplanetario

Desde hace varios años, los "comics" argentinos languidecen medio asfixiados por una censura rigurosa y unas editoriales timoratas. Exiliados en Eu-

ropa muchos de los grandes creadores —Copi, Quino, Muñoz y Sampayo, Mordillo—, el panorama de la historieta argentina sigue dominado por las reediciones del ya clásico "El Eternauta". Sin embargo, el dibujante de aquel personaje todavía conserva inquietudes. Francisco Solano López, con un nuevo guionista —Ricardo Barreiro—, ha creado una de las escasas novedades dignas de mención: "Slot-Barr". Publicado con éxito en diversos países de Europa, presentado entre nosotros en 1978 por la revista especializada "Sunday", Ediciones B. O. ha tomado ahora la iniciativa de difundirlo en álbumes que incluyen cuatro episodios.

En el primero de esos libritos ya se perfilan las características del personaje y sus andanzas. Ciudadano del siglo XXVII, Slot-Barr es un hombre anodino al que —en circunstancias especiales— se le incrementan los poderes mentales gracias a un minuto ser alojado simbióticamente en su cerebro. Detalle destacable: la excepcionalidad del héroe no proviene de su nacimiento semidivino en algún planeta lejano, sino de su pacífica alianza con un alienígena. Slot-Barr es un obrero que a través de sus diversos empleos en diferentes planetas va tomando conciencia de la cara fea de la Confederación del Núcleo, organización política dominante en aquella galaxia y que —sorpresa, sorpresa— no se diferencia demasiado de nuestro mundo occidental.

La parábola política no ha sido forzada en exceso —como nos tienen acostumbrados nuestros abnegados dibujantes y guionistas "de izquierdas"—, y Slot-Barr se aguanta bien. No es tan avanzada la historieta respecto al papel de las mujeres, que se quedan en indefensas damas necesitadas de ayuda o peligrosas vampiresas a las que hay que derrotar. Es un fallo no por habitual menos escandaloso.

Y es que "Slot-Barr" pertenece en realidad al venerable género que los adictos a la ciencia-ficción llaman "space opera". Eso sí, destaca el desarrollo cinematográfico de los guiones —se aprecia un refinamiento del dibujo en capítulos posteriores— y la inclusión de las páginas de una imaginaria "Enciclopedia

Galáctica Abreviada" que proporciona información adicional sobre el desarrollo tecnológico y la evolución histórica del universo en cuestión.

Sin ofrecer rupturas espectaculares o grandes innovaciones, "Slot-Barr" es un buen ejemplo de historieta de anticipación que —sin renunciar a decirnos algo

sobre el mundo en que vivimos— exhibe muchos de los logros (y también algunos de los tópicos) del género. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

ADIOS A LAS LETRAS

El mayor disgusto de Graham Greene

En mi tenaz recorrido por las casas de los escritores, para robarles, efectivamente, ceniceras y otras baratijas, ninguna mansión me fascinó más que la del británico Graham Greene.

Hubiera vivido con esa fascinación, sin corregirla ni igualarla, si no hubiera sido porque meses después visité también el domicilio del asimismo británico Anthony Burgess.

Ambos comparten conmigo, si no otras delicias literarias, la pasión por el whisky, y las suyas son mansiones que más parecen museos devotos del scotch que lugares para la celebración de la narrativa.

En realidad, ellos escriben para beber, pero ambos tienen su rito.

Graham Greene recibe en zapatillas, como si ya te estuviera echando, e inmediatamente te mete en la casa y te enseña sus botellas más preciadas. Al contrario que lo que se pueda suponer de la actitud de un bebedor de whisky, Graham Greene no mira al trasluz la botella, como si desconfiara de su contenido, sino que la mira desde arriba, por el cuello, porque de este modo adquiere dos placeres. Uno de ellos es el de comprobar que, en efecto, está llena. El otro es el del olor, que para alguien que aprecie el aroma de madera antigua y escocesa de este líquido puede llegar a ser la única, la más sublime satisfacción.

Luego, sobriamente, como si hubiera estado esperando esa oportunidad para justificar su permanencia en la vida, el autor de El factor humano toma la botella por el justo centro, para que el líquido no se maree, y la derrama sobre un vaso largo, suave y transparente, como los ojos de Platero. Después el escritor observa, entusiasmado. "Dése cuenta, dice, que casi no parece otra cosa que una transparencia fugada, una huida del color para tomar cuerpo, más tarde, en su gástrico". En El factor humano da Greene una razón para explicar su amor por el whisky extremadamente pálido. Uno de sus personajes da cuenta de que con ese color no sólo se rinde culto al verdadero whisky, sino que se disimula, en reuniones sociales, en visitas, en la propia intimidad de la casa, que es whisky, y del fuerte, el que se toma. Una li-



Graham Greene.



Anthony Burgess.

gera gota de agota —G. G. lo toma con agua y algo de hielo— disimula su sabor fuerte y montañoso y lo convierte en una bebida de apariencia inofensiva, de aire más bien seráfico. Da la impresión de que uno toma agua bendita ligeramente adulterada por un componente rubio.

Anthony Burgess, británico católico como Greene, comparte con su ilustre colega la misma pasión por el whisky pálido. Al contrario que el autor de Nuestro hombre en La Habana, Burgess no mezcla el líquido, sino que lo ingiere directamente, para pasar inmediatamente a colmar sus otros apetitos: su gusto por el cigarro de procedencia holandesa y por el queso de marca suiza. Las suyas son unas manos adiestradas en el consumo incesante de estos productos. Viaja constantemente, para aprovisionarse de su marca preferida —a veces esa marca se anuncia en TRIUNFO— en los aeropuertos. "Si yo no compro esas hermosas botellas de un litro en los aeropuertos, el whisky no me sabe igual". Luego se sienta ante la mesilla de cristal, se adelanta como si quisiera decirte un secreto, y te desparrama el líquido, casi aéreo, sobre tu vaso expectante. La experiencia es inigualable, en efecto. No hubiera sabido igual un líquido adquirido en un muelle.

Los dos escritores, Graham Greene y Anthony Burgess, han compartido recientemente un amargo disgusto, cuando unos doctores norteamericanos afirmaron que el whisky pálido produce cáncer. Luego la noticia fue ligeramente afeitada. En el momento de mayor pánico, Anthony Burgess acertó a comentar: "Bueno, la verdad es que la posibilidad de que acelere el cáncer le da un cierto factor humano a la existencia del whisky". ■ SILVESTRE CODAC.